

queriendo ocupar el sitio altísimo de su esposo como mas digno de su ánimo varonil y de sus austeras costumbres; ansiando privar al sultan de una corona para transmitir el honor á su hijo y apoderarse ella del usufructo; reunia los padres de las familias nobles, los walíes de las ciudades amenazadas, los jefes de las tribus malcontentas, los corifeos de los barrios conmovidos, y los incitaba á remediar tanto abandono poniendo á Boabdil en lugar de Hacem, con la seguridad de que en semejante mudanza se encontraba la salvacion de todo el reino y la victoria sobre los infieles. Su humor era lo que los antiguos llamaban humor negro. Mujer avellanada y huesosa no encontraba placer alguno ni en la mesa, ni en el baile, ni en el juego, ni en las zambras. Una desgana continua y una melancolía profunda la aparejaban á correr toda clase de riesgos y á amar toda suerte de peligros.

Y como nada temía y á nadie amaba, hacia de sus palabras un torrente de injurias, sobre todo, al hablar de su fementido esposo. Aunque las desventuras sobrevenidas caian sobre el reino, casi le satisfacian por el odio invencible que sentia hácia el rey. Triste y taciturna, los párpados en continuo movimiento, fruncidas las cejas, lívido el color, febril la piel, pintado el insomnio en las ojeras, la hipocondria en la sonrisa, la hiel en los labios, atormentaba á todo el mundo, pero por un desquite digno de la justicia distributiva que reina en la naturaleza, se atormentaba mucho más á sí misma. Con qué colores pintaba la toma de Alhama, á cuyas cimas atribuía el destino que tuvo el Ararat en el diluvio: servir de asilo á la corona granadina en la espantosa hora del universal naufragio. Cómo recordaba los mil caballos y los caballeros salidos de Granada á recobrarla, volviendo grupas y dispersándose á la vista del pabellon cristiano cual bandada de gorriones al movimiento de haraposo espantajo. Sus ojos lanzaban siniestros reflejos, sus dientes rechinaban con ruidoso rechinamiento, crispábanse sus puños y erizábanse sus cabellos al recordar los cadáveres musulmicos insepultos por los desfiladeros y enterrados en los vientres de los cuerpos y de los perros. Sus narices roncaban con ronquidos semejantes al resuello de un moribundo, si invocaba el día terrible en que vió el sol poniente reverberarse en las armaduras y lanzas cristianas, extendidas sobre Loja como arreboles relampagueantes en sangriento y tormentoso y encendido ocase. Veíanse los riscos agrios, los abismos profundos, el resuello de los que subian por los desfiladeros, la lucha cuerpo á cuerpo entre los combatientes sobre rocas que se hundian y desplomaban, si á las anteriores narraciones juntaba la narracion del asalto de los caudillos castellanos á la Afarquía de Málaga. Oíanse caer los capacetes, quebrarse las lanzas, rodar las corazas, piafar los caballos desmontados de sus jinetes, si hablaba del desastre y rota de Lopera. Sollozaban todos con ella cuando sollozaba mas que con ternura de mujer, con entereza de guerrero, recordando la entrada de Hamet el segri en Ronda con sus gomeles heridos y mermados. Tanto furor cer-

cia enfureciendo á los demas al mostrar aquel paraiso siempre amenazado, sus almazaras sin movimiento, sus ruzafas sin gente, sus alquerías en cenizas, sus cármenes talados, sus fuentes teñidas en sangre, sus fortalezas ruinosas, sus glorias eclipsadas, y un horóscopo siniestro pensando con terrible pesadumbre sobre todo el reino.

—Sí, decia con religioso acento; Hacem irá á reunirse con los réprobos en el infierno. Veráse consumada su perdicion eterna. Las nieblas de perdurable noche envolveran su rostro en el otro mundo y las manchas de perdurable oprobio ensuciarán su nombre en la humana memoria. Consumiránse sus huesos en las llamas perdurables y no tendrá con Dios ni un solo intercesor. Entonces no sabrá como librarse del fuego que lo devore. Cogedle pues, ceñidle pesadas cadenas: que si dais sus entrañas á los perros en este mundo, dais al mismo tiempo su alma á los abismos en el otro. Condenado inapelablemente, querrá volver á la tierra para salvar sus ciudades y redimir sus culpas; pero le lanzarán con hierros encendidos en lo mas hondo los genios del mal que guardan los avernos como guarda el hornero los hornos. Y le dirán que padezca por haber faltado á sus juramentos, puesto la mentira en lugar de la verdad, y roto un cetro santo, entregando sus míseros fragmentos á los perros infieles. Y al verle morderse los puños, preguntaránle á una los guardadores del infierno, si alguien le advirtió sus pecados; y él responderá que sí, pero que opuso á sus quejas sordera en los oidos, indiferencia en la mente, frio en el corazon, asco en el estómago. Así, confesará sus culpas, pero tarde porque no habrá rescate para sus penas. Elevará al cielo sus plañidos inútilmente, porque una voz misteriosa le dirá que se prolongaron sus dias para procurar su arrepentimiento y solo se obtuvo su reincidencia. Volveráse á los bienaventurados pidiéndoles del agua sagrada en que han lavado sus manchas, y no tendrá respuesta por haberse ido tras los placeres mundanales, y olvidado del juicio final. Y aunque trate de incorporarse, quedará tendido en su lecho de brasas toda una eternidad. Y un heraldo le dirá: maldicion sobre el impío, que ha corrompido toda pureza y ha negado con sus hechos y sus ideas en su vida terrena la vida futura. Así es que todos cuantos se congreguen y conjuren para derrocarlo de su profanado solio, no harán mas que adelantarse al día de los castigos eternos y tomar sobre sí el ministerio de los rigores divinos. ¡Sús! pues, leones del desierto. Id, seguidos de vuestras hembras y de vuestros cachorros, á beber la sangre maldecida del tirano. Y le encontrareis en el lecho de sus inmundos placeres, de donde caerá herido por vuestras garras al lugar de los eternos dolores.

Estas palabras sembraban odios en los ánimos como las trombas siembran tormentas en los mares. Cada linaje sentia una ofensa reciente, la cual, á su vez, le recordaba un agravio antiguo. Poco duchos en cosas políticas, imaginaban estos pueblos ocurrir á todos los males futuros con desarraigar

los males presentes. Por ende, cada jefe, se iba á su hogar respectivo, y despues de haber bebido cóleras amargas en las palabras de Aixá las trasmitia airado al ánimo de los suyos, tan abierto á las pasiones como el inmenso Sahara á los vientos. Y, movidos de estas pasiones tumultuosas, requerian sus cimitarras y las probaban al par de sus arcabuces para el próximo tumulto, jurando no desistir sino por la muerte ó por la victoria. Nada mas fácil que estas guerras civiles allí donde cada hombre puede llamarse un soldado, á quien le dan las armas batalladoras casi al par de los sentidos naturales; allí donde cada casa tiene el aspecto de una fortaleza almenada y aspillerada para la resistencia y para el ataque; allí donde cada tribu compone una legion viviente y eterna que trasmite á todas sus generaciones de legionarios un acerbo comun tanto de glorias como de desastres; allí donde cada calle ofrece en sus tortuosidades y estrecheces facilidad indecible para la pelea, y cada plaza se convierte en campamento, y cada murado barrio, guarecido por cien torres, y aislado por su foso, toma las proporciones de una gran ciudad militar, y desde las enseñanzas de las madrisás hasta las arengas de las aljamas adoban los ánimos para el odio y soplan en pechos fáciles de avivarse á la idea de los combates las crueles é indomables aspiraciones á una eterna guerra. No se necesitaba, pues, la calidad de astrónomo político para ver en los abismos y en los cielos de Granada las tormentas y las tempestades próximas á estallar con espantosos estallidos.

Y mientras tanto allá, en la colina del Sol, con las huertas del Generalife al pié, con los cristales de Sierra Nevada á la espalda, con la estrecha vega del Darro á la derecha, con el ancho valle de Genil á la izquierda, con Granada al frente como una cortina pérsica de mil varios bordados, hácia el Norte los volcanes que parecen humeantes de la riscosa Elvira y hácia el Oeste las cordilleras que parecen nubes de la graciosísima Loja; en jardin de umbrosas alamedas regadas por mil sueltos arroyos, y en palacio semejante á un oculto nido, liban sus amores los que podemos llamar ya reyes verdaderos de tan hermosas como alteradas comarcas. Un mes ha trascurrido de satisfacciones continuas, un mes de desvaríos incesantes, un mes de goces sin término, un mes de arroyos sin tregua, un mes de ensueños sin pesadillas, un mes de delicias como no puede tenerlas iguales el paraíso mahometano; y Zoraya, que hasta ha renegado de su Dios por haber unido su vida con la vida de aquel hombre, no tiene curiosidad de saber ni su apellido, ni su oficio, ni su posicion, ni su estirpe. Y debemos decirlo en obsequio de la renegada, todo lo creia de su amante menos que pudiera ser rey de Granada. Tomábalo por noble de sumo valor y de suma riqueza; pero no lo tomaba por un monarca en persona. Así, nada preguntaba. Sabiendo que es feliz, no necesita saber la infeliz nada mas. ¿Qué le falta? Los laureles y cipreses le dan sombra; los miradores alicatados y cubiertos de azulejos albergue; las rosas de Alejandría y los jazmines de Damasco, aro-

mas; los surtidores desatados en arroyos y las parleras avecillas, música; las hojas del azahar y del granado mezcladas con las ramas del terebinto y de la palmera, colores y matices; las nieves eternas, que toman esmaltes varios y las cimas metálicas que flamean á guisa de llama arbolada, encantadores cuadros; las fuentes frescura; la tierra un amante, y el corazon, amor. El sitio que habita, como templo de su dicha, no tiene ni puede tener igual en nuestro planeta. Se extiende bajo el cielo mas luminoso de la tierra, bajo el cielo de Andalucía; se riega con dos rios, el uno de corrientes de oro y el otro de corrientes de plata, que confluyen al pié de la ciudad moruna; se adorna de colinas donde en las cumbres cimbrean los verdiclaros pinos mezclados con los verdi-negros cipreses; las flexibles palmas confundidas con los terebintos y los sicomoros, mientras por las laderas, colgados como canastillos de flores, verdean los pensiles y cármenes dignos de la cantada Syria; se encierra entre cordilleras niveas y volcánicas; se enriquece con acequias, las cuales riegan desde las moreras productoras de lustrosa seda hasta las pencas productoras de purpúrea cochinilla; se sana con aires embalsamados de espliegol y manantiales compuestos de aguas cristalinas y vírgenes; entre bosques levanta sus bermejas torres la Alhambra; entre florestas sus pintados kioskos el Generalife; entre muros aspillerados en forma de diadema sus granos de rubies la entreabierta Granada, única rival de Damasco, en cuyo recinto se elevan desde las mezquitas los coros de los muezines que saludan las horas santas del dia y pasan hormigueando por las encrucijadas los guerreros que vuelven de sus correrías y de sus ejercicios, ó los fieles que se congregan para oír la voz de los alfaquíes y de los santones; lucen los dorados alminares contrastando con los surtidores parecidos á móviles columnas de plata; el misterio se esconde en los ajimeces, en las celosías, en las ocultas rejas; al par que el cántico, manifestacion del arte árabe por excelencia, henchido de ideas poéticas y acompañado por el laud y la guzla, vuela hácia lo alto, como al impulso de las tristezas infinitas del amor, que tanto se parecen, siendo principio de toda vida, á las infinitas tristezas de la muerte. Recorred el mundo entero y no encontrareis en parte alguna claro-oscuro tan singular, contrastes de tanto relieve, así en el mundo como en la ciudad: el desierto y la floresta juntos, el ventisquero formándose todos los dias y el volcan extinguido, los refinamientos de la arquitectura entre los encantos de la naturaleza, las selvas primitivas y los huertos cultivados con todas las perfecciones del arte, el sensualismo mas epicúreo en la vida confundiendo con los vuelos místicos y con los ensueños poéticos de las almas enamoradas, todas las crueldades de las guerras, tanto civiles como extranjeras, y todas las prácticas de la mas singular y desinteresada caballería. Aun podeis formaros de aquello una idea; porque, si han cambiado los actores, no ha cambiado el escenario; y no existe lugar alguno en la tierra tan parecido al eden soñado por los profetas. Zoraya, desde

una ventana de su palacio lo mira; porque Zoraya lo encuentra siempre nuevo. ¿Quién puede creer que, de tan risueño paraíso, va á exhalar una nube de muerte? ¿Quién puede imaginar que del aroma de las flores, del vapor de las fuentes, del éter de tantos reflejos, del alma de tantas cosas bellas va á surgir una tromba de odios, toda violencias, asolamientos, estragos? Perfumes como un pebetero debía exhalar la vega, y no cóleras; armonías como una guzla debía despedir la luz y no rayos de infinita ira; poesía sin fin debían dar aquellos palacios y no guerras sin tregua: que tanta y tanta vida parece divorciada de la muerte. Y sin embargo, si Zoraya, embebida en la contemplación del espléndido cuadro formado por el paradisiaco valle, pudiera ver el interior de la ciudad, notara que se daban las gentes citas misteriosas y contra-señas extrañas; que se miraban los de la misma tribu como excitándose á una empresa comun y los de tribus contrarias como disponiéndose á morir ó matar; que este limpiaba sus armas, que aquel ensillaba su caballo, que el de mas allá hacia recomendaciones á su familia como si la eternidad estuviera cerca; que todos se movían á impulsos del odio y se preparaban para una sangrienta guerra.

Desprevenida y descuidada la pobre jóven reconcentraba en sí misma y hacia como exámen de conciencia. Su amador, que no la abandonaba un instante, á sus piés tendido en aquella sazón, acababa de dormirse profundamente, despues de haberle consagrado lánguidas miradas llenas de ardiente voluptuosidad y elocuentísimas frases henchidas de exaltado amor. Zoraya, pues, á virtud de esos estados del alma que dan algun vagar para convertir el pensamiento hácia sí mismo, escudriñar la conciencia y volver la vista atrás, miraba todo cuanto le sobrevenia con extraña mirada, sin darse cuenta de todo su alcance ni presentir todas sus consecuencias. Y no dejaba de encontrar en los repliegues de su conciencia y en los giros de su idea algun tormento. Lo que realmente la atormentaba era un pensamiento tristísimo, el abandono de su fé. Así decia:

—Dios mio, renegué de tí con los labios y te conservo en el corazon. De la ruina de mi castillo, del incendio de mi hogar, de la desaparición de mis padres, del destrozo de mis altares hubiese salvado la fé que, en la cautividad me consolaba mas, mucho mas que el pedazo de cielo visto al través de las celosías y de las rejas. Para arrancarte de mi vida seria necesario arrancarme esta sangre que me mantiene, esta carne que me viste, el alma entera que me anima, porque Tú, Dios mio, Tú eres el alma del alma. En vano quiero lanzarte del pecho, vuelves á entrar con el aire que respiro; en vano desposerte del corazon, vuelves á henchirlo con toda clase de grandes sentimientos en los cuales corre tu soplo creador y tu Verbo vivificante. ¡Oh Virgen Madre! ¡Cómo huir á tu culto, cómo dejar de verte con tus flores en los piés, con tus estrellas en la frente, con tu divino Hijo en los brazos para aceptar un Dios implacable y sañudo, de guerras y combates,

el cual se ha bebido en cruentos holocaustos la sangre de mis padres! ¡Dios mio! ¡Dios mio! Y este moro me idolatra. Este moro me redime de mi cautiverio para convertirme en señora de inacabables jardines y de encantados palacios. Este moro me ama con amor que no volveré á encontrar jamás ni en el cielo ni en la tierra. Yo le llevaria, Señor, al pié de tus aras obligándole á pronunciar tu nombre incomunicable y á confundir en el pecho con mi amor tu fé. Mas ignoro qué misterio le rodea, pues me dice, que proclamar tu nombre y recibir la muerte seria obra de un minuto. Y darle la muerte en cambio del amor que me profesa, ¡oh! cosa cruel y horrible, realmente para maldecida por tu justicia y no perdonada jamás por tu misericordia. ¿Qué hacer, Dios mio, en esta pugna horrible entre mi corazon y mi conciencia?

Oyóse en la ciudad, cuando llegaba la favorita á esta série de sus pensamientos, tal vocerío, que Hacen se despertó azorado, miró á lo lejos con recelo, y debió adivinar ó presentir algo grave, pues cogiéndole á su beldad ambas manos, las besó con efusion, y diciéndole que pronto, muy pronto volvía, pasó por los fantásticos miradores, bajó por las largas escaleras, atravesó los pintados jardines, acercóse al seto del mágico sitio y entró en una inmensa estancia cercana á la puerta, diciendo:

—Cassim, mi visir.

—¿Qué manda V. A.?

Preguntó el visir.

—¿Estamos solos?

—Solos.

—¿Nadie nos oye?

—Nadie.

—Necesito una suprema conversacion contigo.

—Hable V. A.

—No quiero mas tiempo la pesadumbre abrumadora del Estado.

—Cúmplase la voluntad de V. A.

—El amor me ha curado de todas las ambiciones mundanales.

—Bendito sea Alhá.

—Deseo pasar mi vida contemplando á mi sultana.

—Tus deseos tienen fuerza de leyes.

—Mi dicha es sin igual, y no quiero compartirla con persona ni cosa alguna, porque me falta tiempo para gozarla.

—¿Y á quién vas á confiar el reino?

—¿Qué te parece?

—¿Quizás á Boabdil?

—¡Oh! No. Mis astrólogos han dicho que está destinado á perderlo.

—¿Quizás á Aixá?

—Menos. Una mujer mandando en Granada, jamás.

- ¿Quizás á tu hermano el zagal?
- Buen guerrero; mal gobernador.
- ¿Qué hacer?
- Conservar el nombre de rey para mí.
- Perfectamente pensado.
- Y dar la direccion de la monarquia.....
- ¿A quién?
- A tí.
- Bendito sea Alhá y Mahoma su profeta. Cúmplase la voluntad de V. A. Los deseos de Hacem, son órdenes para todos sus vasallos.
- Despide el Harem.
- Cosa grave para la alcurnia de V. A. y para el estado de los ánimos.
- ¡Oh! Siempre necesitado de contar con todo, aquel que cree dominarlos á todos.
- No hay remedio. ¿Qué dirá el sultan de Constantinopla, hoy Califa de los creyentes, cuando sepa tu desprecio por las georgianas enviadas en una de las galeras vencedoras del último de los Constantinos? ¿Qué dirá el sultan de Fez si devuelves ó regalas ó vendes las mas bellas siervas engendradas por la ardorosa África, incomparables gacelas del desierto? ¿Qué dirá el sultan de Túnez cuando sepa la poca estima en que has tenido las mas preciadas joyas? La fama de tu debilidad llegará á Egipto con tus mujeres egipcias olvidadas. No pienses tal, Hacem, no pienses tal: que si lo hicieras, creeríante cristiano tus vasallos, y estábamos perdidos.
- Pues, á lo menos, repudiaré á Aixá.
- Ya debías haberla repudiado.
- Por repudiada. Notificalo mañana en la Alhambra, pasado mañana en la ciudad.
- Tus deseos tienen fuerza de leyes.
- Al llegar aquí, penetró en la estancia el esclavo predilecto de Hacem, el esclavo nubio, todo azorado y confuso. Al mismo tiempo que el esclavo nubio, penetró estridente rumor parecido al eco de una tormenta.
- ¿Qué traes?
- Preguntó Hacem.
- ¿Cómo llegas hasta aquí con tanta irreverencia sin previo anuncio y sin permiso?
- Preguntó á su vez Cassim.
- Porque, ya sabéis que soy un perro y he preferido desacataros á perderos.
- ¿Qué sucede?
- Preguntó Hacem.
- Que Granada está insurrecta.
- Respondió el nubio.

- Se habrá levantado como suele el inquieto Albaicin contra los Gomeles ó los Zegríes.
- Dijo el Sultan, alzándose de hombros.
- No; se ha levantado casi toda la ciudad.
- ¡Cá!
- Respondió el Sultan.
- Aixá ha movido los ánimos.
- Ya sabrá Aixá quién es Hacem.
- Corre el rumor de que una hada siniestra ha resucitado á una esclava cristiana; y que esta esclava cristiana te ha traído aquí para hechizarte primero y luego convertirté á la religion de los infieles.
- ¿Y hay quien crea semejantes majaderías?
- Las cree todo un pueblo.
- Respondió el nubio.
- Espantoso rumor se oye.
- Dijo el visir.
- Ya te he dicho que tienes el gobierno; sácame, pues, del apuro, le dijo el Sultan al visir.
- Pues comienza como de perlas mi reinado.
- Exclamó el visir.
- Algún mal ha de ir mezclado á tanto bien.
- Y el Sultan dejó á sus interlocutores; y se dirigió al mirador de su Zoraya.
- Granada se conmueve hasta en sus cimientos con la desaparicion del rey en tiempo de tanto peligro. Las palabras de Aixá, trasmitidas por alfaquies y santones, producen supersticion grandisima en pueblo de natural supersticioso. Los astrólogos leen los cielos y sus señales; miran los adivinos las rayas de las manos; recitan los agoreros siniestros horóscopos; y todos caen á una en tristes y nefastas profecias. Ciérranse las puertas de los zacatines y ábrense las puertas de las alcazabas. Los atambores truenan como la tormenta; los atabales gritan como si de cada uno de sus gritos se desprendieran fulminantes iras. Aquí el pueblo escucha á un profeta que maldice; y allá á un ciego que canta elegías de profundísima tristeza. Cada granadino empuña un arma. Las torres se erizan de lanzas como para un largo sitio. El Albaicin resuena cual pudiera campamento ocupado por innumerables ejércitos. La plaza de Bibarrambla tiene todo el aire de un campo de batalla. Por aquí los Abencerrajes hablan de su venganza y despiden de los anchos pechos, encendidos á manera de fraguas, siniestros resuellos de muerte. Por allí los Zegríes preguntan si aquel será el día último de su rey y de su reino. Por allá los Almoraides, Gomeles y Gazules se esperezan y aprestan con la salvaje alegría de quien busca en el combate las satisfacciones del combate mismo. La tierra resuena con siniestra reso-